

A los toquidos sale Patricio Oliveros, y al verlo nuestro héroe, le dice: ¿Cómo le va á vd., Sr. Petaca?

—Bien, D. Pablo, ¿á quién buscaba el futuro gobernador?

—Al Sr. Torribarria.

—Pase vd. á su despacho. Ahorita vendrá. Espérelo vd.

Así lo hizo D. Pablo, y mientras que quedó solo en espera de Iturribarria, estuvo entregado á sus graves meditaciones, y se decia á sí mismo: que ese libro tenga un tratamiento de *calendas*, una disertacion sobre *bateas*, una base segura de *pozos artemisos*, un plan picudo de *cuartas partes*, una buena regla de fuertes *comisiones del gobierno*, una táctica superior de *gastos de guerra*, una regla para que no chille el *cuche* en el ramo de *gastos imprevistos*, un argumento para duplicar el ciento en el cuatro sobre *trasladacion de dominó*, un régemen para que paguen cuatro real por cada *surco de caña*, un caso para poder *perdonar las contribuciones directas á Fidencio*, otro para *robarme las causas* contra mis amigos los asesinos, como hizo mi hermano con un tal *Machete*. En fin, cuanto sea preciso, porque yo quiero ser mejor gobernador que mi hermano. En esto estaba, cuando vió tamaña carasa, risueña como una jamona y alegre como un boñuelo, y al mismo tiempo oyó que le decia:

—¡Vive Oaxaca! Sr. D. Pablo, amigo mio muy querido de toda mi atencion, ¡vive!

—Deje vd. aunque muera, porque yo ya me ahogo de fatiga en busca de un libro de buena gobernamentacion, que me aseguran que vd. tiene.

—Pues yo, dedicado como antes,

si así procedo bien, mejor á negocios profesionales, porque prefiero el sustento, no á verme mortificado, carecer de recursos, cuando al Estado le sobran. Sin que muera exhausta, porque viví, lo vendí.

—¿A quién se lo vendió vd.?

—A Millet, en union de un ticolote de cántaro perteneciente al difunto José Maqueo.

—Tambien necesito del *ticulute*, porque ahora que me acuerdo, tengo que hacerle un regalo á mi amigo Rafael Cházari.

—Pues no hay mas que á comprarlo, con preferencia el libro, porque ya D. José S. y Guzman anda buscándolo.

—¡Jesus me acompañe! Hasta luego, D. Manuel.

Poco despues se encuentra el futuro gobernador en el peladero de Millet, á quien dijo: ¿Tiene vd. una obra sobre buena gobernamentacion?

—No, señor, solo tengui unos libros que traten de botánica.

—¡No lo permita Dios, D. Juan, ya me cansaron las botas! Ahora uso botines.

—Yo tengui manífeques tratades de horticultura.

—¡Peor por ahí! Véndaselos vd. á D. Marcelo, que le entiende bien al negocio de abre sepultura.

—Pues no tengui otre cosites, solo que quiera vd. una gramátique castellana.

—No quiero gramática castellana, pues mi hermano jamas la aprendió. Si vd. pudiera conseguirme una gramática gobernadora, se la compraré.

—No la tengo, y los libros que vd. quiere no se encuentren ni por todos